

El gato doméstico, dícese que desciende del salvaje, y a Europa parece ser que fue importado de Egipto, país donde se le rendía culto como animal sagrado, tanto, que en excavaciones realizadas por aquellas tierras de construcciones

que datan de 2.000 años antes de J. C., se han encontrado restos de aquellos felinos adornados con joyas. En este país, y por aquel entonces, el causante de la muerte de un gato era condenado a la última pena. El que los maltrataba, hacía oposiciones a un linchamiento. Cuando un gato moría, sus dueños, en señal de duelo, se afeitaban las cejas.

Se dice que los adoraban porque protegían, contra los ratones, sus grandes graneros; otros suponen que por su belleza: quienes porque se creían estar dotados de mágicas propiedades por esa mefistofélica atracción de sus bigotes afilados y sus orejas puntiagudas enmarcando sus redondos ojos de oro como orlados de brillantes donde relucía la perla negra de sus pupilas.

Alguien ha dicho que los gatos son los grandes señores de la creación, que sólo han nacido para cazar y amar. Duermen, como vulgarmente se dice, con un ojo abierto; los fenómenos eléctricos o magnéticos les excitan de tal suerte, que en las tormentas o tempestades bufan como fieras salvajes. Son tan enemigos del agua, que solo al verse acosados peligrosamente son capaces de arrojar a ella, y por eso nuestro refrán cuando dice: ¿quién hecha el gato al agua?, representa lo dificultoso de solucionar un enrevesado problema. Lo de tienes siete vidas, como los gatos, también de nuestro refranero, representa que pocas veces al caer un felino desde grandes alturas, se mata, por su habilidad en tocar el pavimento con sus cuatro extremidades a la vez.

Los gatos han tenido siempre grandes amigos y enemigos. Sus defensores han dicho que sólo los aman los hombres inteligentes, porque los gatos lo son. Los euróforos, como la moderna psiquiatría denomina a sus enemigos, los consideran como los más grandes burladores de la creación. Hay, quien ante la presencia de un gato, cambian de color, y hay quienes sufren mareos, náuseas y convulsiones. Hay quienes hasta los presienten, sin verlos.

Jorge Washington y Abraham Lincoln, los dos ex-presidentes norteamericanos, se contaron entre los amigos de los gatos y con ellos fueron retratados y pintados. El Cardenal Wolsey, inglés, y el francés Richelieu, de todo el mundo es sabido que muchas de sus

audiencias principescas las recibieron en compañía de sus gatos favoritos.

Sin embargo, José Bonaparte, Napoleón y Enrique III, se desvanecían

# GATOS TOLEDANOS

ante su vista. A Shakespeare, se le atribuye la frase de «todo lo puedo soportar menos la presencia de un gato». Bergh, el fundador de las Sociedades protectoras de animales, dijo que los gatos deberían de ser exterminados.

Los gatos, aún domesticados, han conservado siempre su fiereza original, sin duda, porque conservan su pureza de sangre, ya que las hembras sólo encastan y se entregan a los machos machos; es decir, a los más valientes, a los más bravos, a los más jabatos; aunque muchas veces esto les cueste perder de su físico parte del pelo, del rabo, de las orejas, del hocico y hasta algún ojo en enconada y feroz lucha con cuatro o cinco de sus rivales.

Como ya en una ocasión dijimos, los gatos toledanos son los menos huidizos de cuantos conocimos por nuestra geografía peninsular, ¿quiere esto decir que sean distintos a los demás? No; el ser así lo da el medio ambiente en que viven, y en Toledo viven en la calle con tanta seguridad y confianza como en sus propias moradas, ya que nadie los molesta, y si surge el enemigo, el perro, y aun aquí no todos los perros, siempre tiene fácil escapatoria por cualquiera de los innumerables huecos fáciles a su alcance. ¿Y los niños, se me dirá? Los niños, en Toledo, respetan a los gatos, no porque sean mejores que los del resto del mundo, sino porque rara es la vivienda, especialmente del Toledo viejo, donde no se tenga gato, o dos o tres, y esto les hace estar familiarizados con ellos, y a conocerlos, y si no los estiman y quieren, los respetan, o por lo menos, los toleran.

Los gatos, en nuestra ciudad, son necesarios como en todas las poblaciones viejas corroídas por el tiempo muy dadas y propensas a enratonarse, y el tener un piso deshabitado durante tres o cuatro meses produce, en muchos casos, la desagradable sorpresa de, al volver, encontrarlo con muestras de roedores que por allí anduvieron, aunque hoy, afortunadamente, este contratiempo se salva fácilmente con tener la previsión de, al ausentarse, dejar preparadas unas raciones del famoso raticida Ybys 152, que se lo comen glotonamente y es su enemigo mortal para dos o tres de sus generaciones.

Los gatos en Toledo, decimos, deambulan por las calles con la misma con-

fianza como si por sus casas anduvieran. Nosotros somos testigos presenciales de verlos en horas centrales del día por medio del arroyo, o por las aceras de las calles, andando pausada y tranquilamente como en sus propios domicilios,

sin que les produzca inquietud el discorrir de la gente que pasa. A un gato toledano se le bisbea, y ésto, que en otros sitios bastaría para que emprendiesen veloz carrera, aquí, no; antes al contrario. En muchos casos alzan sus cuartos traseros, y llegando a nuestra mano se dejan acariciar, y los hay que enarcan el lomo, estiran el rabo y hasta runrunean.

Por las medias noches es frecuente verlos reunidos en las calles y plazas del Toledo antañón, en grupos de seis o siete, negros, blancos, rojos, cenicientos, de entrambos colores, atigresados, ajilguerados o de tres colores, generalmente hembras llamadas mariposas; en fin, de la más distinta pelambre y que, formando círculos, permanecen largos ratos quietos, inmóviles, abstraídos por completo de lo que a su alrededor pasa; ¿qué se dirán? ¿Cambiarán impresiones acerca de lo cara que se ha puesto la cordilla?

Lo cierto y verdad es que las amas de casa se quejan de lo caro que, en los momentos actuales, resultan las manutenciones de los gatos, ¿sobran gatos?, ¿faltan ratones? De todo puede que haya un poco, aunque en el perturbado mes de Febrero las bajas gatunas adquieren enormes proporciones por las truculentas batallas que tienen en su encelamiento. Gato hay que por ese mes desaparecen de sus casas 20 ó 25 días para reaparecer, después, en el más lamentable de los estados. Tal sin pelo, desorejado, sin narices, mondado el rabo; otros perniquebrados, privados de algún órgano visual, en fin, hechos una lástima, pero, así y todo, regresan a sus lares aun a sabiendas de que han de ser objeto de las más duras reprimendas. Mas cuando en una de esas feroces refriegas amorosas uno de los contricantes resulta gravemente averiado, ese gato no retorna a su hogar, no porque sus fuerzas no se lo permitan en la mayoría de los casos, sino porque no quieren morir en sus casas, y a cerrar sus ojos de oro y dar su postrer adiós a la vida, van a hacerlo en un profundo y oscuro sótano o en un desván dehabitado de algunas de las casas próximas a su morada. Que el hecho es así, lo pueden atestiguar nuestros albañiles que al hacer obras y reparaciones en estas alturas y bajuras suelen encontrar grandes cantidades de osamentos gatunos.

RAFAEL BRUN